



¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)

Autor: François Dubet

Ciudad: Buenos Aires

Editorial: Siglo XXI Editores

Año: 2016

Reseñado por: Mauricio Bustamante Fajardo
Investigador del Instituto
de Altos Estudios Nacionales, Ecuador

Recibido: 11-octubre-2017. Aceptado: 9-noviembre-2017.

François Dubet es sociólogo e investigador de la prestigiosa École des hautes études en sciences sociales (EHESS). Conocido por sus investigaciones sobre educación, movimientos sociales y desigualdades, es uno de los herederos de la sociología de Alain Touraine. En un corto ensayo publicado en Francia en el 2014 y traducido rápidamente al castellano por Siglo XXI Editores, Dubet se interesa en dar respuesta a la pregunta: ¿Por qué preferimos la desigualdad? Este interrogante es de hecho el título del libro, en el cual Dubet desarrolla la idea de que “la crisis de las solidaridades” se explicaría en gran medida porque las sociedades eligen la desigualdad; es decir, “la intensificación de las desigualdades procede de una crisis de las solidaridades” (p. 11).

Tomando como ejemplo el caso francés, el autor reflexiona sobre la relación que se puede establecer entre

el crecimiento de las desigualdades y el debilitamiento de los lazos de solidaridad. Dubet cuestiona así la idea simplista en la cual se sustenta que las desigualdades son el producto de una economía de mercado, en la cual una buena política económica podría resolver el problema. El investigador defiende una explicación más sociológica que reposa en la construcción de principios sociales a partir de los cuales se refunden nuevas formas de establecer la solidaridad. En este sentido, el autor nos invita a reflexionar sobre la construcción misma de formas de solidaridad que sean compatibles con un pensamiento político democrático y pluralista.

En el primer capítulo, Dubet –de manera provocadora– constata que preferimos la desigualdad. El autor hace un diagnóstico convincente sobre las diferencias, que no se limita a las desigualdades económicas producto

de la economía capitalista, también muestra que somos desiguales en diferentes aspectos de nuestra vida social que oponen: hombres con mujeres, herederos con no herederos, jóvenes con viejos, sanos con enfermos, integrantes de una mayoría con aquellos que integran una minoría, etc. Somos iguales en ciertos registros pero desiguales en muchos otros. “Los individuos no buscan la desigualdad, pero sus elecciones las engendran” (p. 25).

Así, la consciencia de la desigualdad se va individualizando y acentuando, percibiéndose con exactitud. Sin embargo, según Dubet, “por paradójico que parezca, cuando menos estructuradas están las desigualdades por clases sociales ‘objetivas’, más se las vive como una amenaza subjetiva. Lo importante, por lo tanto, es diferenciarnos de los más desiguales y marcar nuestro rango y nuestra posición, porque siempre estamos bajo la amenaza de ser desiguales y ‘despreciados’” (p. 27). Esto se traduce generalmente en un discurso de justificación de las desigualdades; es decir, a pesar de ser consciente de las desigualdades existentes, nos refugiamos en la crítica de las víctimas por temor a perder posición social. Según Dubet, “los riesgos reales de caída y desclasamiento se han transformado en pánico moral”; sin embargo, con estadísticas en mano, el autor demuestra que la probabilidad real de esa impresión subjetiva es generalmente infundada, al menos en la sociedad francesa.

En el segundo capítulo, el autor propone una estrategia para combatir las dinámicas que estructuran la desigualdad. Según Dubet, la igualdad exige un sentimiento mínimo de solidaridad,

semejanza y fraternidad, sin los cuales es casi imposible construir lazos para desarrollar igualdad social. Muchas veces la acumulación de pequeñas desigualdades constituye grandes exclusiones. Una mujer, negra, lesbiana, migrante y con discapacidades, puede acumular una serie de estigmas sociales que la llevan a la exclusión y al abandono. En este sentido, el autor considera que para producir igualdad se debe primero producir solidaridad. No obstante, existen riesgos importantes que no deben tomarse a la ligera. El más importante es quizá el riesgo político, que puede desentrañar nacionalismos conservadores, cuando estos perciben al ‘otro’ como un sujeto sin derechos, o peor aún, cuando es visto como una amenaza. “Los lazos y sentimientos de solidaridad no son datos naturales de la historia y la cultura, aunque se tienda a percibir de este modo. Son el producto de largas construcciones económicas y políticas, pero también de prolongadas construcciones de relatos que terminan por forjar los imaginarios de la fraternidad necesarios para los progresos de la igualdad” (p. 55).

Por tal motivo, Dubet constata que se debe pensar la solidaridad social sobre el modelo de la cohesión más que sobre el de la integración; esta idea es desarrollada en el tercer capítulo. Según el autor, en la actualidad no es suficiente definir la solidaridad sobre los pilares tradicionales de la integración: el trabajo, las instituciones y la nación (en particular el sentimiento de pertenencia nacional). El sentimiento de solidaridad debe ser repensado en torno al concepto de cohesión social. Así, “la solidaridad no es un estado del sistema social, sino una producción

continua, resultado de las acciones individuales y las políticas públicas” (p. 73). De esta manera, la solidaridad cambia de naturaleza, apunta tanto a reducir las desigualdades como “a hacer que las diferentes pruebas de selección y elección sean lo más equitativas posibles” (p. 76). Es decir, si las desigualdades aparecen como injustas, es porque son un impedimento para que los individuos alcancen “la vida que estos consideran buena para sí mismos” (p. 77), en nuestro país lo llamaríamos “buen vivir”. Dubet concluye el capítulo constatando que si bien el modelo de la cohesión es mucho más frágil que el de la integración, este permite repensar una política de fraternidad, mientras que el segundo puede exaltar un sentimiento de pertenencia comunitaria con basamentos políticos susceptibles de hacer desmoronar todo sentimiento de solidaridad.

En un cuarto capítulo, el autor aborda la manera en que la sociedad puede producir solidaridad, que puede comprenderse desde múltiples facetas. La primera es ampliando la democracia, incorporando una mejor representación de los individuos generalmente excluidos por sus diferencias y mejorando los espacios políticos para ampliar el debate público. Otro aspecto que subraya el autor, concierne a la transparencia fiscal; los individuos deben conocer mejor donde van sus recursos, para evitar prejuicios vinculados a la idea –no siempre bien fundada– de que los más “desfavorecidos” son los únicos que se benefician del sistema. El imaginario de la solidaridad, según Dubet, debe reconstruirse refundando sus instituciones con acuerdos democráticos para que los

individuos sientan que las instituciones están más cercanas y preocupadas por ellos. Los individuos deben exigir ser reconocidos, si sienten que su identidad funciona como estigma y los lleva a una forma de discriminación, aunque tales reivindicaciones tropiecen con dificultades de distinta naturaleza. En este sentido, el autor defiende la idea de que todos los acuerdos son posibles, siempre y cuando la jerarquía de los derechos prioricen aquellos que corresponden a los individuos.

En un momento en el cual se pone en tela de juicio la ley de plusvalía, se desarrollan relatos contra la migración, se aplaza –cuando no se reprime– el reconocimiento de las diferencias (no solo socioeconómicas), el libro de Dubet aporta reflexiones para entablar un debate amplio sobre cómo producir solidaridad. Según el autor, construyendo progresivamente un “imaginario de la fraternidad” se puede alcanzar –tal vez– espacios para que los individuos se encuentren y se reconozcan, generando lugares de confluencia para hacer más fecundo el sentimiento de solidaridad.